

Siglos DE HISTORIA

Coordinación de la serie:
Yeye Romo Zozaya

INSTITUTO FRANCÉS DE LA LAGUNA

a 80 años de su fundación

El lugar de la juventud

ARQ. GREGORIO MUÑOZ CAMPOS

Ex alumno

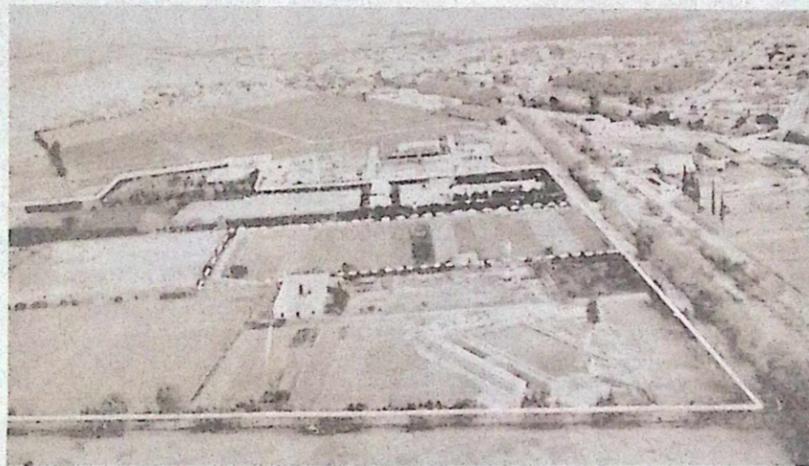
Toda conmemoración lleva en su agenda un espacio para la añoranza, la recreación de tiempos idos y la reflexión. El aniversario número ochenta de la apertura del Instituto Francés me ha puesto frente al espejo de mi juventud. Ocasión en la que por fuerza del recuerdo, me sorprenden hechos que silenciosos se añejaban en la memoria y que producto del tiempo, recupero ahora sustanciales, robustos.

Conocí la escuela años antes de estudiar en ella. Vine aquí, como parte del grupo del colegio de mi ciudad natal participante en los Juegos Lasallistas. Cursaba entonces el último año de primaria y me hospedé con calidez una familia lagunera. Fue el primer contacto que tuve con la hospitalidad local por gracia de su trato amable y afectuoso. De la misma forma, decenas de participantes quedaron hospedados en hogares de Torreón. Gómez Palacio y Lerdo.

Las instalaciones del Instituto fueron para quienes llegamos de todos los confines del mundo lasallista en México, un espacio para la convivencia fraterna, para la competencia deportiva, sana e intensa; para el encuentro con los otros, los que antes del evento en nuestras mentes no existían. Sus instalaciones me deslumbraron. Lejos estaba de pensar que cuatro años más tarde ese sería mi hogar.

Fue al iniciar la preparatoria que mi casa adquirió unas dimensiones impensadas, un nuevo hogar que compartí con alumnos procedentes de otros estados de la República y que incluía a estudiantes de secundaria y prepa. Todos ellos bajo la tutela de nuestros maestros se convirtieron en mi nueva familia. Éramos más de un centenar de adolescentes albergados en los diferentes dormitorios. Junto a mis compañeros locales de clase, pasaron a ser la compañía cotidiana y en notables casos, nuevos hermanos, con algunos de ellos me une aún sólido y profundo afecto.

Es esta una de las razones por las que hoy, al volver la vista atrás y atisbo con claridad los rasgos singulares de quienes ahora forman una generación entrañable, pues la amistad en la escuela preparatoria tiene un matiz muy particular. Es en este periodo cuando la conciencia se abre a nuevos horizontes: en el conocimiento y las relaciones personales; en las aspiraciones profesionales; en la independencia y la individualidad. Los compañeros y los amigos toman un lugar que antes ocuparon los hermanos; se convierten en nuestros cómplices y confidentes; nos acompañan por igual en el descubrimiento del ser que



Vista aérea del predio, donde también se ve el Colegio Villa de Matel y Villa Anita.

pronto se convertirá en adulto, fraguando un sólido vínculo afectivo.

Existe otro aspecto de mi escuela al que pude valorar de manera distinta conforme pasaron los años y continué estudiando: el de sus instalaciones. Puedo ahora esclarecer el significado que los lugares físicos y los espacios que ellos generan tienen en la formación del individuo. El planteamiento del conjunto de edificios que conforman el instituto son producto de la visión de sus fundadores, de la generosidad de sus benefactores y la comunidad educativa que les dio vida. Un claro ejemplo de como las instituciones pueden llegar a ser el reflejo fiel de los individuos que las constituyen.

No vi nacer el colegio por obvias razones. Bien pude ser hijo de algún integrante de las generaciones fundacionales y adicionalmente, nací en otros lares. No obstante, comprendo que su austeridad, funcionalidad, higiene y confort son consecuencia de la austeridad de la orden de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Entiendo ahora que sus edificios son más que simples muros y cubiertas; mucho más que plazas y andadores; más que ladrillo y concreto y que son la materialización de las aspiraciones de forjar a la niñez y la juventud lagunera y del norte del país, en un ambiente propicio para la salud espiritual, intelectual, física y mental. También, la cristali-

zación del sueño de brindar un espacio para la formación en principios y valores.

Una fotografía aérea de la década de los años treinta ilustra con claridad las condiciones iniciales del terreno destinado para la construcción del colegio: los sembradíos, el paisaje cerril, la fábrica de zapatos, la Villa de la Familia Paparelli, la Villa Matel, una aislada casa en medio de la nada, la incipiente traza urbana de la Calle Agustín Castro y la antigua ruta de un tranvía. Retrato de un páramo que se había convertido en la cuna del oro blanco, tierra que daba frutos a quien se entregaba a ella. Esta sobria imagen se puebla en mi imaginación con los sucesivos inmuebles que con el tiempo fueron ahí erigidos.

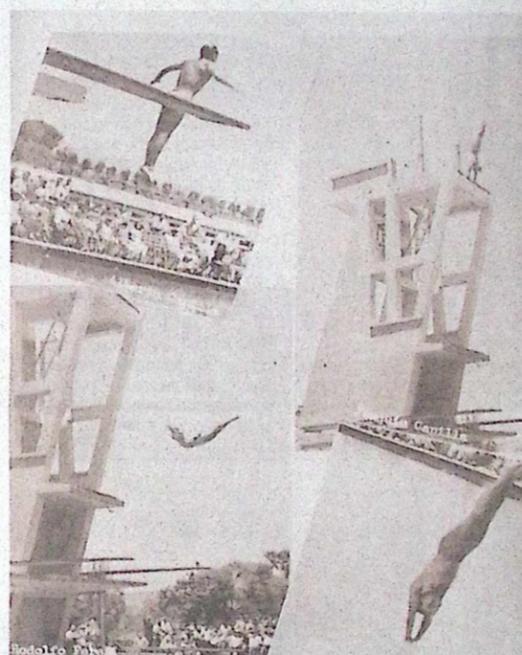
En ellos, quedó plasmado el espíritu de cada una de las etapas que como estratos fueron acumulándose a lo largo de las décadas. La añosa casa de patio y arcadas de la fábrica como el primer asiento de las aulas, representando el espíritu emprendedor y fabril de los pobladores de la región; la villa que pasaría a ser la Villa Anita, residencia de los Hermanos y las distintas generaciones de formadores, pergeñada de anécdotas de los tiempos de la Revolución, en una finca solariega con el sabor de casa de campo. También, el testimonio de la voluntad de hacer de la arena un nuevo asentamiento y de imponer la racional urbaniza-

ción sobre los surcos. Los edificios entendidos como el símbolo de la cultura de una región.

En el terreno yermo, se erigen los dos pabellones que sucesivamente han alojado a la primaria, preparatoria y ahora las oficinas de la dirección, austera construcción de los dos edificios edificadas por iniciativa del Señor Thierry y que han sido ennoblecidos por la formación de múltiples generaciones de educadores y educandos. Resuenan en ellos los pasos y las voces de mis compañeros, amigos y un sinnúmero de recuerdos.

En mi imaginación, veo crecer el césped dando forma a las primeras canchas de fútbol en la zona, veo las glorias juveniles del deporte, algunas de ellas figuras en el deporte nacional. Un trampolín que se eleva sobre el agua, espejo y líquido vital, desde donde inició el vuelo angelical de una gloria olímpica invitada: Joaquín Capilla. El edificio coronado por dos cubiertas quebradas y la planta en forma de 'U' del antiguo internado, proyecto de los arquitectos Avalos Reyna y Palazuelos, se sostiene sobre columnas de concreto y abraza un patio. Ayer dormitorio y aulas, ahora solamente aulas. El tiempo y el humano todo lo transforman. Dice el poeta: 'Nosotros, los de antes, ya no somos los mismos'.

En la tarde otoñal, recorro los andadores del colegio. Me toman por asalto los recuer-



Inauguración de la alberca, con la participación del campeón olímpico Joaquín Capilla.

dos. Ya no está la antigua arboleda ni las acequias, el lugar de una parte de mi juventud se ha transformado, los rostros familiares moran ahora en el recuerdo. En mi espacio interior, resuenan los acordes de una orquesta estudiantil memorable, las cuerdas de las guitarras, las voces de las reyertas adolescentes, el vibrante murmullo de los espectadores en las gradas. Las voces de los maestros como bálsamo o como canción de siesta, son parte de una orquestración pretérita.

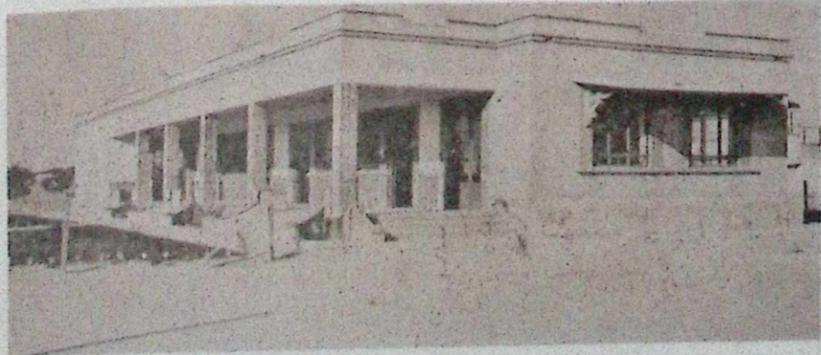
En fracción de segundos, miles de imágenes vitales pasan por mi mente, suprimiendo el tiempo. Vuelvo a la conciencia por el sonido de otros pasos. Menudos y joviales corren por nuevos senderos de un lugar para mí ahora ajeno. Son las nuevas generaciones que ahora habitan el lugar de mi juventud remota. Nuevas voces pueblan las aulas, torrente sanguíneo que da vida una vez más al querido y añorado Instituto.

Juan Bautista de la Salle imaginó entre los siglos XVII y XVIII en Francia, una nueva forma de transmitir y ge-

nerar el conocimiento para la niñez y juventud de su época. Su visión pedagógica concibió la educación simultánea en la que los infantes recibieron la formación en grupo, no en forma individual, dando existencia a las aulas. Estableció la educación en los seminarios de maestros, las actuales normales; trabajó en reformatorios, fundó residencias estudiantiles llamadas internados para estudiantes de localidades sin escuelas. Escribió también, un documento fundamental para la educación llamado 'Guía de la escuelas'.

Su obra ha florecido en la tesonera labor de sus hermanos maestros en la planicie lagunera sostenida por la voluntad de sus habitantes. Es la inspiración de esta noble institución que para millones de jóvenes y niños, ha sido aula, espacio recreativo, lugar para el cultivo de la mente y del espíritu. También, un hogar donde despertaron los ideales que hoy en la unidad fraterna, nos siguen inspirando.

gregoriomunozcampos@hotmail.com



Los tres salones a punto de ser terminados.



Walter Ocampo, Joaquín Capilla y Tonatiuh Gutiérrez.